

RAMÓN RODRÍGUEZ

La revolución de 1934 y sus consecuencias en la Universidad de Oviedo



Introducción

La Universidad de Oviedo era, probablemente, la entidad de mayor prestigio que existía en Asturias en los años anteriores a la Guerra Civil. Fundada en el último tercio del siglo XVI por el arzobispo de Sevilla e inquisidor general, Fernando de Valdés, su actividad académica se inició en 1608, centrada en cuatro Facultades: Cánones, Leyes, Artes y Teología. Sus primeros años de vida no fueron fáciles, ya que a los problemas que supuso la erección del edificio universitario, que tuvo lugar entre 1574 y 1608, hubo que añadir las dificultades, que en no pocas ocasiones dieron lugar a pleitos, que los herederos de Valdés pusieron de continuo para entorpecer la buena marcha de la Universidad, siempre con la vista puesta en no invertir en el centro docente cuanto Valdés había dispuesto en su testamento.

Si durante el siglo XVII y en los primeros años de la centuria siguiente la vida del establecimiento de enseñanza fue lánguida, las cosas cambiaron avanzado el siglo XVIII. La presencia de maestros tan destacados como el fraile benedictino Feijoo, del ovetense monasterio de San Vicente, así como de otros profesores de renombre, hacen que la Universidad sea conocida en todos los territorios de la Corona de España. Esa situación se afianza con la entrada en vigor del Plan de Estudios de 1774, en el que

Ramón Rodríguez es Director de la Biblioteca de la Universidad de Oviedo

se recogen todas las innovaciones introducidas en las universidades españolas por los ilustrados que rodeaban al rey Carlos III, señaladamente el asturiano Campomanes.

La guerra contra los franceses, a partir de 1808, afectó gravemente a la institución académica. Durante una parte de este periodo se suspendieron las clases, el edificio fue saqueado, se perdieron mobiliario y menaje y, sobre todo, quedó dañada la Biblioteca, de la que desaparecieron los libros más valiosos y un excepcional monetario, que había sido propiedad de la Compañía de Jesús y había estado custodiado en su ovetense Colegio de San Matías hasta la expulsión de la misma en 1767. A la grave pérdida de una parte importante de los bienes de la Universidad, a causa de los acontecimientos bélicos, se añadió una mala administración de los caudales y propiedades de la institución. Por esa razón, el centro docente entra en un prolongado periodo de decadencia, acentuado por las disposiciones absolutistas dictadas por Fernando VII, quien consideraba que la Universidad e Oviedo era un centro peligroso porque en ella se impartían doctrinas contrarias a la monarquía y a la religión católica. Por ello, el ominoso rey ordenó hacer una visita al centro ovetense, en la que quedó claro que las doctrinas explicadas en las cátedras eran ortodoxas, aunque se denunciaba la abundancia de libros prohibidos que se custodiaban en la Biblioteca, y se ordenaba que en lo sucesivo se mantuviesen en una pieza separada de la misma y cerrada con llave.

El fin del Antiguo Régimen y la implantación de las doctrinas liberales en España, todo lo tímidamente que se quiera, supusieron un cambio notable en la universidad española. La entrada en vigor, en el año 1845, de la nueva ley de enseñanza, conocida como Plan Pidal, dado que el entonces ministro de Fomento era el asturiano Pedro José Pidal y Carneado, primer marqués de Pidal, entrañó una reforma notable de las universidades. Se crearon nuevas facultades, se modernizaron otras, se potenciaron los estudios científicos y se tomaron diversas medidas de distinta naturaleza, que hicieron más flexibles las instituciones de enseñanza.

En Oviedo, comienzan a cultivarse con más intensidad las disciplinas científicas, en íntima unión con las cátedras que impartían estudios de esta naturaleza en la Sociedad Económica de Amigos del País de Oviedo, y se crean los Gabinetes de Física, de Química y de Historia Natural, amén de un Jardín Botánico importante, sin olvidarnos de la torre-observatorio creada algunos años más tarde por el rector León Salmeán, y levantada sobre la antigua espadaña de la capilla universitaria. Aunque estos primeros estudios científicos instaurados a mediados del siglo XIX quedaron pronto suspendidos, los citados gabinetes y el observatorio siguieron desarrollando sus actividades y fueron el germen para que, en los años finales del siglo, los estudios de Ciencias quedasen definitivamente implantados en Oviedo.

Después de la supresión de la Facultad de Teología y hasta la creación de la Sección de Ciencias en 1895, convertida en Facultad en 1904, la única facultad existente

en Oviedo era la de Derecho, ya que la de Filosofía y Letras no impartía las enseñanzas completas, y en la práctica las asignaturas cursadas en ella servían de disciplinas introductorias para la licenciatura en Derecho.

Con esa sola facultad, la Universidad ovetense se hizo famosa en todo el país. En ella nació en los últimos años del siglo XIX un movimiento cultural de gran aliento, la Extensión Universitaria, deudora de la *University Extension*, promovido por un claustro de profesores en cuya formación influyeron notablemente las ideas krausistas, inspiradoras de los principios pedagógicos vigentes en la Institución Libre de Enseñanza, sin olvidarnos de elementos ideológicos de carácter regionalista y conservador. Nombres como Aniceto Sela, Adolfo González Posada, Rafael Altamira, Fermín Canella y otros próceres hicieron que la enseñanza saliese de los muros universitarios y se difundiese entre las capas más humildes de la población. La repercusión social de este fenómeno fue enorme, no sólo en Asturias, sino en toda España, y esa modalidad de enseñanza popular se difundió rápidamente entre varias universidades del país. Aunque algunas de esas grandes figuras de la Universidad de Oviedo se murieron pronto y otras se fueron a Madrid, por lo que puede decirse que el movimiento se enfrió a partir de 1910, nuestra Universidad siguió gozando, a pesar de su pequeño tamaño, de notable prestigio en toda España, afianzado por la presencia cada vez más notable de la Facultad de Ciencias. En tiempos de la Segunda República el centro ovetense seguía contando en su claustro con ilustres profesores en los ámbitos jurídicos, científicos y humanísticos y estaba dirigido por el Rector Leopoldo Alas Argüelles, hijo de Clarín, el célebre escritor.

Las enseñanzas se concentraban en el viejo edificio universitario erigido a partir de 1574 y en el anejo pabellón de Ciencias, levantado en los primeros años del siglo XX. El edificio universitario había sido ampliado en el siglo XVIII, dotándolo de piso alto en los lados poniente y sur para alojar una nueva biblioteca, como veremos más adelante, y en 1884 se construyó una escalera monumental que sustituía a la primitiva, muy modesta. A este conjunto se añadía el Colegio de Huérfanas Recoletas, cuya actividad dio comienzo en 1676, si bien el edificio era mucho más antiguo, y la adosada capilla de San Sebastián, de la segunda mitad del siglo XVII. El núcleo primitivo de la Universidad de Oviedo se completaba con el Colegio de San Gregorio, demolido al inicio del siglo XX, en cuyo solar se edificó la sede del Banco Asturiano. La mayor parte y la más valiosa del pequeño «campus» universitario ovetense sufrió terribles daños el 13 de octubre de 1934, ya que sólo el edificio de Ciencias se salvó de la destrucción. La Universidad, como el resto de la ciudad, estaba en manos de los revolucionarios e hicieron de ella un depósito de municiones. Ese día 13, antes de abandonar Oviedo los revolucionarios, el fuego se apoderó del edificio principal. La opinión ampliamente mayoritaria da por supuesto que fueron los revolucionarios

quienes dieron fuego a la Universidad y, habida cuenta de que en ella se almacenaban grandes cantidades de dinamita, se explica que el centro docente ardiese por los cuatro costados y viese terriblemente dañada su fábrica. Otras versiones, minoritarias, sostienen que pudieron ser unas ráfagas de metralleta disparadas desde un avión las que provocaron el incendio del edificio, si bien parece que hay dificultades técnicas y de otra índole que restan credibilidad a esta teoría, lo que no obsta para que los expertos, historiadores, periodistas o militares, deban dejar totalmente claro lo que ocurrió en torno a la destrucción de la Universidad. No hay duda, en cualquier caso, de que uno de los más emblemáticos edificios de Oviedo quedó destruido en pocas horas el 13 de octubre de 1934, al final del levantamiento que protagonizaron sindicatos y partidos políticos de izquierda contra el gobierno de la República.

Con la destrucción del edificio, desapareció el patrimonio secular que la Universidad de Oviedo había ido atesorando desde su fundación, en los últimos años del siglo XVI, y desde la puesta en marcha de sus enseñanzas, en el año de 1608.

La Universidad de Oviedo antes de su destrucción en 1934

Podemos agrupar en cuatro grandes apartados la mayoría de los bienes muebles que la Universidad tenía antes de 1934: bibliográficos y documentales, histórico-artísticos, material científico y pedagógico y, por último, mobiliario.

La Biblioteca y el Archivo

La desaparición de la Biblioteca fue la pérdida más lamentada de cuantas desgracias sufrió el edificio universitario. Para ser más precisos, se impone hablar de dos colecciones bibliográficas diferenciadas, a saber, la Biblioteca Provincial Universitaria y la Biblioteca especial de la Facultad de Derecho. Los inicios de la primera corren parejos a la puesta en marcha de la Universidad. La segunda comienza su andadura en 1877. Aunque el fondo bibliográfico específico de esta última era muy importante en 1934, con más de 10.000 libros y una destacada colección de revistas, la destrucción de la Provincial Universitaria fue particularmente dolorosa. En ella se custodiaban algunos de los libros de la primitiva Librería del centro docente, más todos los fondos acumulados por la institución desde 1765, cuando se amplió el edificio universitario, dotándolo de piso en los lados de poniente y sur, para crear una nueva biblioteca con el dinero legado por el brigadier ovetense Lorenzo Solís, bajo los auspicios de Campomanes. El recinto se abrió al público en 1770 y permaneció inalterable hasta mediados del siglo XIX, cuando el ala oeste fue destinada a otros usos. La Biblioteca, en consecuencia, vio mermado su espacio y esa penuria no se resolvería,

aunque parcialmente, hasta 1912, cuando fue ampliado el edificio universitario en su lado sur, ganando altura y creciendo en longitud, de manera que este aumento en forma martillo destinado a alojar las nuevas dependencias, invadía la llamada huerta de la Universidad. Desde el último tercio del siglo XVIII, la Universidad de Oviedo reunió una importante colección de libros, que figuraba entre las más destacadas de España. Las compras hechas por el propio Campomanes o los donativos reunidos por él en Madrid, la llegada a la Universidad de la biblioteca del ovetense Colegio de San Matías, de la Compañía de Jesús, cuando ésta fue expulsada de España, la adquisición de los fondos bibliográficos del famoso chantre de la Catedral de Oviedo Jacinto Díaz Miranda a finales del siglo XVIII, o la incorporación al centro universitario de las bibliotecas de los conventos asturianos suprimidos por las medidas desamortizadoras ordenadas por el gobierno de Mendizábal en 1835, se unieron a las compras anuales llevadas a cabo por la institución académica y a los numerosos donativos y legados hechos por generosos próceres asturianos, principalmente catedráticos universitarios o miembros de la nobleza y de las clases acomodadas. Con este acopio de libros, la Biblioteca disponía en 1934 de unos 250 manuscritos, más de 70 incunables, es decir, obras impresas en el siglo XV, y numerosas y valiosas ediciones impresas de los siglos XVI a XVIII, amén de los muchos libros del siglo XIX y del primer tercio del XX, y de una valiosísima hemeroteca asturiana, la mejor colección de periódicos regionales reunida hasta entonces, organizada, a partir de 1894, por el director de la Biblioteca en aquellos años, Elías Lucio Suerpérez.

Otra trágica pérdida fue la destrucción del Archivo, que custodiaba toda la documentación universitaria desde la fundación del centro académico. En 1915 estaba integrado por 216 legajos, 66 de la serie histórica y 138 de la administrativa, además de otros 12 que participaban de ambas características, sin que podamos precisar el aumento que tuvo hasta 1934, que podría concretarse en algunos legajos más. En el Archivo se conservaban documentos que recogían testimonios de los momentos fundacionales y otros relativos al día a día de la institución. Una buena parte de los legajos se referían a expedientes personales de profesores y alumnos, principalmente, y a otros aspectos de la vida académica, con lo que es fácil deducir cuán grave fue la pérdida del mismo para la memoria de la institución.

Bienes histórico-artísticos

Atesoraba la Universidad de Oviedo en 1934 una importante colección de pinturas, entre las que desatacaban la Iconoteca Asturiano-Universitaria y otros cuadros, a los que se sumaba un depósito de obras propiedad del Estado. La iconoteca se formó a iniciativa del rector León Salmeán, y en ella se integraron los no pocos retratos que

tenía la Universidad en ese momento, entre los que podemos citar los de Fernando de Valdés, Feijoo, Lorenzo Solís, Campomanes o Jovellanos. Había, además, retratos de rectores, de asturianos ilustres y de los reyes o miembros de la familia real. En general, eran cuadros de la escuela española del siglo XIX, aunque algunos de ellos habían sido ejecutados en el siglo anterior, como los de Feijoo, Jovellanos y el que representaba a los príncipes de Asturias, encargado para el recinto de la Biblioteca.

Mención especial merecen otros cuadros que llegaron a la Universidad procedentes de las colecciones estatales. En 1880, mediante una real orden de 1879, se entregaron a la institución doce cuadros, uno contemporáneo y once antiguos, entre los que había obras de Carlos María Esquivel y Mateo Gilarte. Cuatro años más tarde, llegan del Museo de Prado, en calidad de depósito, nuevos cuadros, doce en total, con destino a la capilla. Hasta ese momento ésta solo se usaba para la celebración de oficios religiosos, pero ante la falta de espacio, se convirtió también en salón de actos y paraninfo y los cuadros llegados se utilizaron para ornato del recinto. Eran obras valiosas comprendidas entre los siglos XVI y XVIII de importantes autores como Luca Giordano, Francisco de Zurbarán, Juan Frías Escalante, Vicente Carducho, Alonso del Arco o Juan García de Miranda. Por esa época también se depositó en la Universidad y se colocó en la escalera principal la obra de José Uría y Uría, titulada *El primer grito de independencia*, de grandes dimensiones, que representaba el alzamiento contra los franceses. Esta notable colección pictórica se alojaba en los salones y aulas del edificio universitario, así como en la capilla, en las cátedras o en la Biblioteca.

En el ámbito escultórico, la Universidad albergaba obras de interés. Destacaba, en primer lugar, el hermoso retablo manierista de la capilla, obra del escultor Juan Ducete Díez, de la escuela castellana de Toro, autor asimismo del retablo mayor de la Colegiata de Salas, fundada en 1549 por Fernando Valdés, donde también está su enterramiento. Es notable en el campo escultórico el busto de hierro de Isabel II. Hecho para conmemorar la visita de la reina a la Universidad en 1858 y fundido en la Fábrica de Armas de Trubia se atribuye al escultor Francisco Elías Vallejo. Estuvo colocado sobre un pedestal en el centro del patio de la Universidad hasta que fue sustituido en 1908, con motivo del tercer centenario de la fundación de la misma, por la estatua sedente en bronce de Fernando de Valdés, obra de Cipriano Folgueras.

Material científico

A partir de la entrada en vigor en 1845 de la Ley de Instrucción Pública, el llamado Plan Pidal, las enseñanzas científicas empezaron a tomar cuerpo en la Universidad, de la mano de las cátedras que de esas disciplinas estaban establecidas en la

Sociedad Económica de Amigos del País de Oviedo. Frutos destacados de esos afanes fueron los Gabinetes de Física, de Química y de Historia Natural. El primero disponía de cientos de máquinas de acústica, óptica, electricidad, hidrostática, así como de balanzas, pesas de latón y otros instrumentos. El de Química disponía de retortas de porcelana, barro y hierro, matraces sublimatorias, recipientes, alargaderas, probetas, útiles de cristal, crisoles, etc., así como diferentes productos químicos, según nos informa Fermín Canella.

Sin duda, el Gabinete de Historia Natural, estrechamente unido al Jardín Botánico ubicado en la antigua huerta del Convento de San Francisco, era el mejor de los tres. Creado en 1846, llegó a ocupar todo el lienzo este del edificio universitario y en él se custodiaban esqueletos humanos, de rumiantes, paquidermos, aves, etc. Había cientos de animales disecados, entre mamíferos, aves, reptiles y peces, así como minerales, zoofitos y maderas.

Mención aparte se merece el Observatorio Meteorológico que se construyó para dar respuesta al impulso con que el Gobierno pretendía potenciar determinadas disciplinas científicas, entre ellas los estudios meteorológicos. Consecuencia de este afán fue la construcción de la torre observatorio, levantada en el lugar donde se alzaba la antigua espadaña-campanario de la capilla, según proyecto del arquitecto provincial Luis Céspedes, presentado en 1860. Lógicamente el observatorio contaba con numeroso instrumental que permitió publicar diversos trabajos de gran interés científico.

Otros materiales

La Universidad contaba, resulta obvio decirlo, con diferentes materiales pedagógicos, como mapas y atlas por poner un ejemplo, indispensables para la enseñanza de distintas disciplinas y con el correspondiente mobiliario con el que estaban dotados salones, aulas, capilla, laboratorios y otras dependencias docentes y administrativas. Especialmente valiosa era la estantería barroca del salón principal de la Biblioteca, que había pertenecido al monasterio benedictino de Corias (Cangas del Narcea) y que llegó a la Universidad después de haberse llevado a efecto las medidas desamortizadoras emprendidas por el gobierno de Mendizábal.

La reconstrucción de la Universidad de Oviedo

El 13 de octubre de 1934 desapareció la mayor parte del patrimonio universitario acumulado en más de trescientos años. Quedó destruido el edificio fundado por Valdés con todas sus pertenencias, así como el Colegio de Huérfanas Recoletas. Únicamente se salvó de la quema, y parcialmente, el pabellón destinado a Facultad de

Ciencias, construido en los primeros años del siglo XX, como hemos dicho. Desaparecieron la riquísima Biblioteca, el Archivo, cuadros, gabinetes científicos, material pedagógico, mobiliario y enseres... El eco de la destrucción fue enorme y se constituyó de inmediato la Asociación de Antiguos Alumnos y Amigos de la Universidad de Oviedo, que fue la entidad que trabajó en pro de la restauración del Alma Mater ovetense.

La reconstrucción de los edificios universitarios

Las gestiones para la reconstrucción del edificio se iniciaron con celeridad. El Ministerio de Instrucción Pública encargó el proyecto al arquitecto del Servicio de Construcciones Civiles en Oviedo, Avelino Díaz y Fernández Omaña. Lleva fecha de noviembre de 1934 y en él se optaba por respetar fielmente el carácter del edificio, que sería destinado a las Facultades de Derecho y Filosofía y Letras, ya que se acordaba hacer una nueva sede para Facultad de Ciencias, lo que finalmente no se llevaría a efecto hasta los años cincuenta. El proyecto fue aprobado con rapidez, el 22 de enero de 1935, y fue el primer edificio público que se empezó a reconstruir con cargo a la llamada Junta de Socorro. Sufrió varias modificaciones y ampliaciones posteriormente y el Claustro de Profesores tuvo una decisiva participación en la marcha de los trabajos. Estos se llevaron a cabo con rapidez y estaban muy avanzados en el momento del estallido de la Guerra Civil. Debido a los acontecimientos bélicos el edificio sufrió desperfectos con lo que hubo que hacer reparaciones diversas. La guerra influyó muy negativamente y el Rectorado se trasladó a la villa de Navia, lo mismo que los libros que ya habían llegado para la Biblioteca y que se encontraban custodiados en la caja fuerte del Monte de Piedad y en un piso de la calle Jovellanos, en Oviedo. Por esos años se cernió otro peligro sobre el centro ovetense, ya que hubo presiones para trasladar la Universidad a Santander, por iniciativa, al parecer, del catedrático Pedro Sainz Rodríguez. El rector, Sabino Álvarez Gendín, tuvo que emplearse a fondo para evitar la desaparición del secular centro universitario.

Desde 1938, se encargó de la restauración de edificios públicos el Servicio Nacional de Regiones Devastadas, posteriormente convertido en Dirección General del Ministerio de la Gobernación. Esta entidad fue la encargada de la reconstrucción del antiguo Colegio de Huérfanas Recoletas para sede del Rectorado. También diseñó los proyectos para la reedificación de la capilla de San Sebastián, que formaba una unidad con el citado colegio —aunque no se reconstruyó finalmente pues las autoridades optaron por dejarla en ruina como muestra de los estragos causados por la barbarie bélica—, el pabellón de la Facultad de Ciencias, y un edificio en la calle Argüelles, donación a la Universidad de Alejandro Salmeán, hijo del rector León

Salmeán, impulsor este último, entre otras iniciativas, de la citada torre observatorio. Dificultades administrativas y, sobre todo, económicas, debidas a la terrible situación del país que siguió a la Guerra Civil, retrasaron las obras o cambiaron algunos de los planes proyectados. Así, la restauración del edificio histórico y del antiguo Colegio de Recoletas se llevó a cabo según lo previsto, aunque con un gran retraso, ya que no estuvieron completamente rematados hasta mediados de los años cuarenta, si bien se usaban varios locales antes de esa fecha, como, por ejemplo, la Biblioteca que se abrió al público en 1943. Otro tanto ocurrió con la casa de la calle Argüelles. No fue esa la situación del antiguo pabellón de Ciencias, ya que como hemos dicho se planificó una nueva sede para el mismo en el llamado Campo de Maniobras, que no se llevó a efecto hasta la década de los cincuenta, demoliéndose la antigua edificación para hacer nuevas dependencias con destino a las Facultades de Derecho y Filosofía y Letras, lo que se hizo realidad en las décadas de los cincuenta y sesenta del pasado siglo.

La construcción del Colegio de San Gregorio y de otros colegios mayores, la incorporación de centros que impartían enseñanzas profesionales y técnicas a la Universidad por aplicación de la Ley General de Educación promulgada en 1970, la creación de nuevas Escuelas y Facultades, y la expansión de la institución académica por los distintos campus de Oviedo, y por los campus de Gijón y Mieres, son los rasgos distintivos de la Universidad ovetense en los últimos años del siglo XX y en los primeros del siglo XXI. Pero esta es una historia que desborda el marco de este trabajo, por lo que vamos a centrarnos en la descripción del nuevo patrimonio bibliográfico e histórico-artístico con el que se dotó la Universidad después de su trágica destrucción en 1934.

La nueva Biblioteca de la Universidad

La pérdida de la Biblioteca fue, probablemente, la mayor tragedia ocurrida en 1934, sin olvidarnos, por supuesto, del Archivo, ya que la desaparición de éste dejó sin memoria a la Universidad.

Inmediatamente después de la destrucción del centro docente, se puso en marcha la citada Asociación de Antiguos Alumnos y Amigos de la Universidad de Oviedo, con la misión de reconstruir lo que la tragedia de octubre había destruido. Dicha asociación se impuso como una de sus tareas primordiales recuperar las bibliotecas perdidas, la propiamente universitaria y la correspondiente a la Facultad de Derecho: En su primera reunión, celebrada en Madrid el 7 de noviembre de 1934, se abordó el tema de la reconstrucción de la Biblioteca y el presidente, Melquiades Álvarez, dio a conocer la existencia de una magnífica y selectísima colección bibliográfica, cuyo dueño, el ovetense residente en Madrid, Roque Pidal y Bernaldo de Quirós, uno de

los más ilustres bibliófilos de España en el siglo XX, aceptaba venderla a la Universidad de Oviedo. Dio comienzo entonces una negociación entre el dueño de esta magnífica biblioteca y la asociación citada que culminó el 22 de agosto de 1935, con la firma de un contrato en el que se estipulaba, entre otras cosas, el pago a Roque Pidal de una importante cantidad de dinero, que al final se concretó en 500.000 pesetas, cifra enorme en la época, aunque inferior al valor que la colección bibliográfica podría haber alcanzado en el mercado. La colección pidalina — en la que se integraba la biblioteca que habían formado en la casona de Labra (Cangas de Onís) Felipe de Soto Posada y su hijo Sebastián de Soto Cortés— colmaba los deseos de la asociación, ya que estaba compuesta por un valiosísimo conjunto de impresos antiguos y de cerca de 500 manuscritos, amén de libros más modernos, del siglo XIX y primer tercio del XX, estos últimos de tema histórico y jurídico fundamentalmente, lo que estaba acorde con la pretensión, mayoritaria entre profesores y catedráticos, de crear una biblioteca que respetase los espacios anteriores a 1934 y con un fondo bibliográfico valioso, en contra de quienes pensaban que era más conveniente formar una colección moderna, en unos locales diseñados también «a la moderna». Los libros de Pidal, más de veintidós mil, llegaron a Oviedo a finales de agosto de 1935 y fueron alojados provisionalmente en locales del Banco Herrero y del Monte de Piedad.

La otra gran colección que iba a engrandecer la Biblioteca renacida era propiedad de una de las más destacadas familias de la nobleza asturiana. Llegó a la Universidad como legado de Álvaro Queipo de Llano y Fernández de Córdoba, conde de Toreno, estipulado en su testamento otorgado en Madrid el 12 de abril de 1927. Los libros de Toreno se incorporaron a la Universidad en abril de 1939. Abundan las obras históricas y las literarias, sin que falten ejemplares de otras materias. Autores franceses en su lengua original, clásicos latinos, escritores españoles y muchos libros de historia en francés o inglés merecen ser destacados en un conjunto bibliográfico de alta calidad.

A estas dos colecciones singulares, se añaden muchos libros y revistas recibidos de numerosas instituciones españolas y extranjeras y de no pocas personas particulares. Así, la Universidad de Friburgo reunió la colección que las universidades alemanas regalaron a la de Oviedo, integrada por casi ocho mil volúmenes, la mayor parte de tema jurídico, siendo la aportación del Estado alemán similar en número. Las universidades italianas, mediante gestiones llevadas a cabo por la Embajada de su país en España, enviaron un interesante lote de libros de derecho. La Embajada de Gran Bretaña en España logró formar un excelente grupo de obras de historia, literatura, y, sobre todo, derecho, todas ellas en lengua inglesa. En París se constituyó un *Comité de Ayuda a la Universidad de Oviedo*, que recibió, para ser enviadas a la Biblioteca ovetense, numerosas obras científicas y literarias procedentes de toda Francia. Países

como Grecia, Checoslovaquia, Lituania o Portugal mostraron su solidaridad con la Biblioteca destruida remitiendo numerosos lotes de libros. Y lo mismo ocurrió en el caso de varios países hispanoamericanos. En Chile, por ejemplo, se creó otro *Comité de Ayuda a la Universidad de Oviedo*, que logró formar una buena colección de libros relativos a la historia y geografía de este país andino, con destino a la Biblioteca.

Especial mención merece un antiguo alumno de la Universidad ovetense, el escritor Ramón Pérez de Ayala, quien desde su puesto de embajador de España en Londres, con la colaboración de Pedro Conde, consejero de la Embajada, consiguió, gracias a la ayuda de algunos españoles residentes en Gran Bretaña, un excelente lote de libros, entre los que sobresalen algunas joyas bibliográficas que figuran hoy entre las más destacadas de la Universidad de Oviedo.

No debe infravalorarse la importancia que en la formación de la nueva colección bibliográfica tuvieron las incautaciones de diferentes bibliotecas particulares o de organizaciones obreras, si bien sus fondos eran sobre todo modernos y, en su mayor parte, estaban formados por obras históricas o literarias.

Como resumen de lo dicho y muestra elocuente de la solidaridad nacional e internacional, procede reseñar la relevancia de dos donativos. Uno de ellos procedía de diferentes instituciones españolas, a saber, universidades, academias nacionales o provinciales, Congreso de los Diputados, Asociación Francisco Vitoria, Unión Iberoamericana y varias editoriales, y alcanzó varios miles de volúmenes. El otro, también de gran interés, se reunió por iniciativa de la Sociedad de Naciones.

Aunque la mayor parte de los libros que constituyen el patrimonio bibliográfico más valioso de la Universidad se adquirió o llegó en forma de donativo o legado en los años inmediatamente posteriores a la destrucción del edificio universitario en 1934, excepción hecha del legado de Toreno, ya citado, que se incorporó en 1939, no es menos cierto que numerosos libros valiosos siguieron llegando a la Biblioteca en las décadas siguientes. Así, en 1940 se compró una parte de la biblioteca del que había sido catedrático de la Universidad ovetense, Víctor Díaz Ordóñez, y en 1945 se incorpora el legado de la viuda del novelista asturiano Armando Palacio Valdés, integrado por varios centenares de obras, entre las que abundan diferentes ediciones de las distintas publicaciones del escritor, así como traducciones de las mismas a las lenguas más diversas. En épocas más recientes cabe señalar varios donativos o legados del mayor interés, como el archivo de los condes de Toreno, con documentación muy rica que se extiende desde finales de la Edad Media hasta el siglo XX, recogido en Malleza (Salas) en octubre de 1983, la biblioteca de José Maldonado, último presidente de la República española en el exilio, incorporada en agosto de 1985 y compuesta por unos tres mil libros, básicamente modernos, y la de Julio Masip, de más de tres mil obras, excelente donativo hecho a la Universidad en los años 1986

y 1987, en el que destacan numerosos libros relativos a las lenguas más diversas, gramáticas y diccionarios básicamente, y ejemplares de la Biblia o libros de exégesis de las Sagradas Escrituras.

Además de la formación de una colección de libros tan valiosa, la Universidad restauró con mimo los espacios de la Biblioteca. El local que ocupaba antes de 1934 la Biblioteca Provincial Universitaria fue adornado con una artística vidriera, hecha por los Artistas Vidrieros de Irún. Y la Biblioteca de la Facultad de Derecho, situada en un ala del claustro alto antes de 1934, quedó ubicada en el salón del lado este del primer piso, lugar ocupado por el Museo de Historia Natural antes de la citada fecha.

Para rematar este apartado referido a la Biblioteca, señalemos alguna de las joyas más preciadas del centro bibliográfico, procedentes en su mayor parte del fondo de Pidal, y, en menor medida, de la colección de Toreno o de otras colecciones. Entre los manuscritos, más de quinientos volúmenes, podemos reseñar dos relativos a la conquista de América, el titulado *El Marañón*, de Diego de Aguilar y de Córdoba, y una *Relación del viaje de Fray Diego de Ocaña por el Nuevo Mundo (1599-1605)*, unos *Proemios* de San Isidoro, del siglo XIV y una *Biblia* en vitela, de la misma centuria o de principios de la siguiente. La Biblioteca posee hoy 23 incunables, es decir, obras impresas en el siglo XV, entre los que destacan uno que lleva por título *Glossae Ordinationenti de Briviesca et Alcalá*, de Alfonso Díaz de Montalvo, salido entre 1472 y 1474 del taller segoviano de Johannes Parix, el primero que imprimió obras en España, o *Scriptores astronomici veteres*, obra estampada en 1499 en los talleres venecianos de quien fue sin duda el mejor impresor de todos los tiempos, Aldo Manuzio. El incunable más ilustre de la Biblioteca de la Universidad de Oviedo es el titulado *El Baladro del sabio Merlín con sus profecías*, impreso en Burgos en 1498 por Juan de Burgos. Es, sin duda, el libro más valioso de la Universidad ovetense, ya que es ejemplar único conocido, además de poseer una gran belleza formal y estar perfectamente conservado. La Biblioteca conserva obras excepcionales de los siglos XVI a XVIII, como el *Cancionero general* en sus ediciones de 1511, la príncipe, 1527, 1535, 1557 y 1573, *Las quatorze decadas* de Tito Livio, magnífica obra salida de los talleres zaragozanos del impresor alemán Jorge Coci en 1520, un libro estampado en 1556 por el primer impresor ovetense, Agustín de Paz, llamado *Breviario Ovetense*, la conocida como *Biblia Políglota* de Amberes, impresa en ocho volúmenes por el célebre Plantino en esta ciudad belga entre 1568 y 1573, el *Romancero general*, en sus ediciones de 1600, la primera, 1602, 1604 y 1614, así como la *Segunda parte del Romancero general* de 1605, le edición príncipe de 1632 de *La Dorotea* de Lope de Vega, el *Poema harmonico compuesto de varias cifras por el temple de la guitarra española*, de Francisco Guerau, obra impresa en Madrid en 1694, uno de los libros más raros de música española o la célebre obra *La Conjuración de Catilina y la Guerra de Jugurta* de Cayo Salustio Crispo,

edición conocida como el *Salustio del Infante*, considerada una de las obras más bellas de la historia del libro español, que vio la luz en los talleres madrileños del gran impresor Joaquín Ibarra. Como colecciones singulares cabe resaltar un conjunto de piezas sueltas de teatro antiguo español, que comprende 1083 obras de Calderón de la Barca, el autor más representado, con 121 títulos, Agustín Moreto y otros, una excepcional y rara colección, que lleva el nombre de Sección de Gineta, con 677 títulos impresos y 50 manuscritos todos ellos relativos al caballo, procedente de la biblioteca de Roque Pidal, que en 1915 la había comprado, junto con otros muchos libros, a los herederos de Sebastián de Soto Cortés, dueño de la casona de Labra (Cangas de Onís), una Sección Cervantina, con valiosos impresos antiguos sobre las obras del célebre escritor, entre los que destacan dos de las seis ediciones del *Quijote* que vieron la luz en 1605, y, por último, una excepcional colección de libros sobre Asturias y autores asturianos, tanto antiguos como modernos.

Bienes de carácter pedagógico, artístico e institucional

Además de la adquisición de una excepcional Biblioteca, la Universidad tuvo que adquirir numerosos bienes para normalizar su situación después de la tragedia que amenazó su misma existencia en 1934.

En primer lugar, se procedió al equipamiento de mobiliario para todas las estancias de los diferentes edificios, como aulas, despachos o salas de reunión del profesorado. El diseño general del mobiliario corrió a cargo del arquitecto Avelino Díaz, que siguió las indicaciones del Claustro de Profesores. Así, entre los años 1940 y 1941 se redactaron tres memorias en las que se especificaban los criterios para la fabricación de armarios roperos, pizarras, bancos exentos y adosados o cancelas de entrada. A ese mobiliario se añadieron repostereros, alfombras, lámparas, cortinajes, bancos tapizados, sillas y sillones especiales o arcones de madera de castaño. Contaron para el diseño con colaboraciones especiales de algunas personas, como la del pintor Paulino Vicente, que se convirtió en asesor del Claustro, o de instituciones, como la de la Fábrica de Armas de Trubia, que elaboró los proyectos para las lámparas de hierro y bronce de la escalera principal y del zaguán de acceso. Asimismo, se compró mobiliario para distintas dependencias nobles, como el despacho del Marqués de la Rodrigo, o muebles de anticuario para la Biblioteca y otros locales. También se dotó de vidrieras artísticas a algunas dependencias, como el Paraninfo y la capilla, además de la Biblioteca, ya citada.

Para tratar de reparar las pérdidas de tantas obras valiosas, se procuró reunir un patrimonio artístico que sustituyese al que había antes de 1934. Se compraron obras por ofrecimiento de artistas o por encargo de la Junta de Gobierno o se solicitó

la donación a los herederos y familiares de antiguos rectores de retratos suyos, todo ello con la idea de recuperar la antigua iconoteca. También se consolidó la práctica de hacer exposiciones, de manera que, a cambio de un espacio tan emblemático para mostrar su producción, los artistas se comprometían a donar una de sus obras a la Universidad. Así, se consiguió una colección pictórica de notable calidad, con obras de artistas como Eugenio Tamayo, Rafael Borbolla, Alfonso Iglesias, María Galán Carvajal, César González Pola, José Antonio Purón Sotres, Paulino Vicente Serrano, Tomás Fernández Bataller, Sócrates Quintana, Magín Berenguer Alonso y otros muchos artistas.

Tal como se había hecho en el siglo XIX, como hemos visto, el Rector solicitó de diversas instituciones la cesión de varias obras en depósito para ornato de la capilla, rectorado, paraninfo y diferentes salas del claustro. Por esta vía llegó a la Universidad, a finales de 1941, un lote de cuadros del depósito del Museo del Prado, formado por 19 obras de los siglos XVII a XIX, en su mayor parte anónimas y en algunos casos copias. Estos cuadros procedían de un depósito acumulado en el Prado de procedencias muy diversas, fruto de las labores de recuperación llevadas a cabo por el Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional, creado en 1938. Entre estas obras destaca un cuadro de Eugenio Lucas titulado *Murga callejera*. Esta cesión del Prado, junto con algunas obras salvadas del incendio de 1934, como un óleo que representa a Cristo en el momento de ser presentado ante el pueblo, atribuido al círculo de Francisco Rizzi o los restos del primitivo retablo de la capilla, a saber, el panel central que representa la *Misa de San Gregorio*, y las figuras exentas de la *Mater Dolorosa*, del torso de Cristo Crucificado, y de Santa Catalina de Alejandría, junto con alguna otra constituyen el conjunto de las piezas más antiguas conservadas en la institución.

La pérdida del material de la capilla en 1934, salvo las partes del retablo original señaladas más arriba, hizo que su decoración fuese una de las principales prioridades de las autoridades académicas. Después de varios intentos fallidos de adquirir retablos antiguos, en 1943 ya se había instalado uno, del que no tenemos ninguna información documental. Se trata de un retablo en madera, con un acabado monocromo, en el que se representan diversas escenas de la vida de Cristo, que se completan con esculturas en bulto redondo de diferentes santos de la Iglesia. Según algunas informaciones, podría ser un retablo renacentista traído de Toledo en 1940. Desde luego, en los detalles arquitectónicos se hace uso abundante de elementos de corte clásico, en los que se observa un cierto aire manierista.

Mención aparte merecen las pinturas murales encargadas a diferentes artistas. Destaca el mural encargado en 1942 a Andrés Vidau, titulado *Concilio presidido por el rey Alfonso II*, hecho con motivo de los actos de la consagración de la Cámara Santa de

la Catedral y ubicado en el paramento limitado por una de las entradas al Aula Magna y el vestíbulo de la Sala de Profesores. Fue eliminado algunos años más tarde por distintas capas de pintura, debido a su mal estado, aunque se ha comprobado que aún se mantiene parte de esta composición. En 1947 se encargaron a Paulino Vicente los carteles ornamentales para las aulas Valdés Salas y Feijoo, que, aunque deteriorados, aún se conservan.

Finalmente, con la normalización de la vida académica se recuperaron las tradiciones universitarias. La celebración de diversas ceremonias, de naturaleza académica o cultural, exigía la presencia de diferentes objetos ceremoniales que aún se utilizan, como bandejas de plata, escribanías, bastones de mando, mazas y medallas, y que se fueron adquiriendo o encargando desde el mismo momento en que dio comienzo la restauración de la Universidad.

Con dificultades enormes, la Universidad de Oviedo logró superar el trágico periodo iniciado en 1934. Poco a poco la vida académica se fue normalizando en los años cuarenta y cincuenta, cuando el Alma Mater crea nuevos edificios, alejados espacialmente del recinto fundado por Fernando de Valdés, lo que ocurre a finales de los años cincuenta con la inauguración de la nueva Facultad de Ciencias. A partir de 1970 comienza la gran expansión de la Universidad de Oviedo, que se ve acelerada en los años ochenta, hasta convertirse en lo que es hoy, uno de los centros de enseñanza superior más importantes de España.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

CANELLA SECADES, Fermín: *Historia de la Universidad de Oviedo y noticias de los establecimientos de enseñanza de su distrito*. 2ª ed. Oviedo, Imprenta de Flórez, Gusano y Compañía, 1903-1904.

PÉREZ DE CASTRO, José Luis; RODRÍGUEZ ÁLVAREZ, Ramón: «Don Roque Pidal y la reconstrucción de la Biblioteca de la Universidad de Oviedo», en *Actas del II Congreso de Bibliografía Asturiana. Celebrado en Oviedo, del 21 al 24 de abril de 1999*, Oviedo, Consejería de Educación y Cultura, 1999, Vol. III, pp. 969-1026.

QUIJADA ESPINA, Ana; VÁZQUEZ-CANÓNICO COSTALES, Sara; RODRÍGUEZ ÁLVAREZ, Ramón: *Bienes culturales de la Universidad de Oviedo*. Oviedo, Universidad, 2004.

RODRÍGUEZ ÁLVAREZ, Ramón: *La Biblioteca de la Universidad de Oviedo. 1765-1934*. Oviedo, Universidad, 1993.

